

## CAPÍTULO 5.

### **Educación filosófica: entre sentidos, formas y discursos<sup>1</sup>**

*Liliana Andrea Mariño Díaz<sup>2</sup>  
Yenny Paola Moreno González<sup>3</sup>  
Óscar Pulido Cortés<sup>4</sup>*

#### **Presentación**

El texto presenta algunos elementos que giran en torno a la categoría “educación filosófica”, exponiendo los principales postulados y discursos para comprender cómo se moviliza y conceptualiza esta categoría en Colombia, llamando la atención en reconocer que la relación entre educación y la filosofía es un componente central de todo proceso de enseñanza-aprendizaje. De esta manera se hace necesario reflexionar sobre los discursos educativos y su encuentro con la filosofía para evidenciar cuál es el estado de la educación filosófica en Colombia. Es necesario considerar que la educación filosófica hace parte de una las formas de enseñar filosofía que se encuentra en el entramado de múltiples posibilidades. Comprendiéndola como un proyecto ético-político, la filosofía se

- 
- 1 El texto hace parte de los resultados de investigación del Proyecto “Balance de las formas de enseñanza de la filosofía en Colombia. Entre práctica y experiencia” código SGI 2204 del grupo Filosofía, Sociedad y Educación (GIFSE), financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Extensión, y la Dirección de Investigaciones de la UPTC.
  - 2 Magister en Educación. Investigadora del grupo Filosofía, Sociedad y Educación –GIFSE-. Correo electrónico: liliana.marino@uptc.edu.co
  - 3 Estudiante de la Licenciatura en Filosofía de la UPTC. Semillera del grupo de investigación Filosofía, Sociedad y Educación (GIFSE). Correo electrónico: yenny.moreno01@uptc.edu.co
  - 4 Doctor en Ciencias de la Educación. Profesor de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Director e investigador del grupo Filosofía, Sociedad y Educación (GIFSE). Investigador principal del proyecto: “Balance de las formas de enseñanza de la filosofía en Colombia. Entre práctica y experiencia”, SGI 2004, financiado por la Vicerrectoría y Dirección de Investigaciones de la UPTC. Correo electrónico: oscar.pulido@uptc.edu.co

concibe como transversal a cualquier saber, convirtiéndose así en punto de partida para todas las áreas y disciplinas, lo que implica pensar la filosofía como un asunto vital. La educación filosófica es la invitación a la creación de conceptos para impulsar el pensar por sí mismo.

Para demostrar dichos discursos y exponer las herramientas y relaciones que giran en torno a la educación filosófica se emprende la lectura y el análisis de artículos de investigación que aparecen en revistas colombianas<sup>5</sup> en las cuales se evidencian reflexiones, críticas y trabajo producto de investigación que son la base para el presente capítulo.

Para visibilizar las herramientas y relaciones principales de la educación filosófica, el capítulo se desarrolla en tres momentos: el primero se denomina “formación filosófica y escuela”, en el cual se hace evidente cómo las maneras de enseñar filosofía se han transformado, pasando de enseñar sistemas filosóficos a enseñar a pensar a los estudiantes por sí mismos, lo que trae como efecto diferentes métodos, interlocutores y transversalización de la filosofía.

En el segundo momento, “la filosofía como ruptura”, se expone la manera como la educación y la filosofía se encuentran en muchas ocasiones permeadas por la mercantilización y el capitalismo; sin embargo, cuando se concibe la educación filosófica como sensible, creativa y crítica se crean rupturas en los sujetos para construir ejercicios que propician un pensamiento ético y crítico que se complementa y relaciona por medio de la construcción de conceptos y el examen de lo que pensamos, se toman decisiones y reflexiones sobre los actos para que, finalmente, los sujetos piensen y se gobiernen a sí mismos.

El último momento llamado “saber, vitalidad y experiencia”, muestra cómo por medio de la educación filosófica y la enseñanza de la filosofía, concebida como el ejercicio y acto del filosofar,

---

5 Se realiza la búsqueda en revistas de investigación de circulación nacional entre las cuales más se destacan: *Cuestiones de filosofía y Praxis & Saber* de la Universidad Pedagógica Tecnológica de Colombia (UPTC), y *Universitas Philosophica* de la Universidad Javeriana.

los sujetos en la escuela se acercan a los problemas filosóficos, de manera que es posible constituir una relación más cercana con el saber, experiencias que transforman y trastocan las formas de vida y le dan un cierto sentido a la existencia.

### **Momento uno: formación filosófica y escuela**

Este momento describe los elementos que han emergido en la enseñanza de la filosofía en Colombia, evidenciando algunas transformaciones que traen consigo nuevas prácticas y herramientas para considerar necesaria la filosofía en cualquier proceso educativo, consolidar y darle fuerza a la educación filosófica en la escuela.

*Formación filosófica: de la repetición al pensar.* La enseñanza de la filosofía se centró, por mucho tiempo, alrededor de ejercicios mecánicos y memorísticos que pretendían enseñar su historia y repetir algunos sistemas de pensamiento filosófico. Esta orientación no daba espacio para la reflexión, la construcción de conocimientos y la crítica, era una educación dogmática, donde no había lugar para la duda y el cuestionamiento, el estudiante debía aprender solo aquello que el profesor enseñaba, sin oportunidad para discutir. La función del maestro consistía “...en exigir recitaciones sin sentido, sin pasar del aprendizaje repetitivo a la actividad del pensamiento, y en no considerar a los estudiantes como inteligentes o interlocutores válidos para comprender y examinar conceptos” (paráfrasis de E. Zuleta en Pulido, 2012, p. 90), se concebía a los estudiantes como una tabula rasa que debía ser llenada de conocimiento, eran tratados como sujetos inteligentes y capaces de dialogar, punto de partida para asumir la cátedra de la filosofía como un ejercicio de recitación y repetición de datos.

La filosofía se debía aprender tal cual era enseñada, es decir, sin dar lugar a dudas y objeciones. No debía haber, pues, ninguna diferencia entre lo que el profesor enseñaba y lo que el alumno debía aprender (Pineda, 2017). De esta manera, pareciera que la enseñanza de la filosofía estaba enfocada en una formación ortodoxa, en la cual los contenidos no podían ser cuestionados,

no existía un espacio para la duda, pues estos tenían una visión “única”, “correcta” y “verdadera”, se transmitían saberes que se convertían en estáticos y el maestro, por medio de su enseñanza, legitimaba los discursos para la formación que se instauraba por medio de la escuela como exacta y determinada, reproducida por el estudiante sin espacio para cualquier práctica autónoma y democrática.

Con el tiempo, la enseñanza de la filosofía no pudo mantener esa forma tradicional pues las sociedades, la educación y la escuela sufrieron modificaciones. En una sociedad que pretende ser democrática, que se encuentra en constante movimiento y transformación, la filosofía y su enseñanza también deben cambiar para responder a nuevas exigencias. Se trata de desplazamientos y evoluciones que obedecen a la necesidad de adaptación del saber y de las prácticas filosóficas a esa sociedad (Pineda, 2017).

La filosofía y sus nuevas maneras de ser presentada y enseñada se convierte en una alternativa para fomentar los ejercicios democráticos, para impartir una educación más abierta y pluralista.

De manera que la enseñanza en una formación filosófica debe asumir transformaciones que respondan al mundo actual, como el encuentro de nuevos interlocutores, la interdisciplinariedad, la flexibilidad, entre otras.

Por cuenta de estas transformaciones la filosofía, hoy más que nunca, es comunitaria, no se dirige a una élite o a un cierto tipo de gueto académico, sino que está cada vez más presente en toda clase de contextos y lugares; hoy se percibe al alcance de cualquiera, con numerosas ofertas y orientaciones. La filosofía, como bien público, se extiende a las calles, cafés, instituciones culturales (como museos, centros culturales y otros), y puede practicarse incluso en las cárceles (Pineda, 2017). La filosofía debe ser impulsada como “práctica extraacadémica”.

Otros de los cambios que emergen son los nuevos interlocutores, como lo menciona Pineda (2017): “la filosofía realmente participa del espíritu de una sociedad democrática, debe ser algo abierto

a todos, sin distinción de edad, de condición social, sexual, económica” (p. 38), ya no es exclusiva de los adultos o los estudiantes universitarios; está dirigida para todo aquel que quiera hacer del filosofar un ejercicio sobre sí mismo. Con la aparición de esos nuevos interlocutores la filosofía ha tenido que pensarse a sí misma y pensar que se puede hacer de otra manera. Nuevos interlocutores filosóficos implican nuevas formas de hacer, aprender y enseñar filosofía (Pineda, 2017, p. 38).

La filosofía, al contar con diversos interlocutores, se convierte en un saber transversal, con otras perspectivas y un novedoso trabajo interdisciplinario (Pineda, 2017, p.38) que hace del conocimiento un compartir que no pretende imponer una verdad sino construir junto con otros.

Al diversificar interlocutores, lugares y formas de aprendizaje, emergen nuevos materiales y literatura para la enseñanza y divulgación de la filosofía, y ya no es necesaria la obra de un filósofo (ensayos o tratados) para el estudio de su pensamiento o la repetición de contenidos; aparece el diálogo como eje central de toda formación, especialmente en el programa FpN (Filosofía para Niños):

Dicha transformación [la de una mentalidad cerrada] puede realizarse particularmente en la práctica de la comunidad de indagación, dado que ella, desde la apertura al diálogo, fortalece aspectos pilares en el desarrollo integral del individuo, tales como la formación del juicio y la autonomía (Rojas, 2009, p. 4).

También aparece nueva literatura filosófica que se adapta según el lector y el contexto, al tiempo que se asumen obras literarias y se las involucra en el escenario de la filosofía, como ha sucedido con la novela policiaca, cuyo uso requiere de estrategias mentales y ejercicios de pensamiento que serían útiles en cualquier sujeto, sin importar su edad o condición. De esta manera, se hace una lectura más comprometida que puede establecer conexiones de pensamiento con el lector. Así mismo encontramos la tecnología, que además de ser una herramienta que facilita el pensar, el

desarrollo de la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía, también es pretexto para acceder a los niños y jóvenes, por lo que es preciso buscar lugares y estrategias para la filosofía en el ciberespacio (Pineda, 2017). Es necesario aclarar que, con las herramientas y prácticas mencionadas (diálogo, diversos géneros literarios y tecnología) la rigurosidad de la enseñanza filosófica no se desvanece ni se pierde (Pineda, 2017), por el contrario, se complementa y acerca a los interlocutores. Por ello “[...] No se trata, entonces, de una secuencia perfectamente cronológica (primero el cuidado, luego la disciplina y, por último, la instrucción) que va quemando cada etapa” (Bustamante, 2012, p. 165).

Ante estos cambios, la enseñanza filosófica, no puede ser entregada como un saber que implanta “verdades”; su función principal es problematizar y cuestionar para descubrir saberes que pueden otorgar una comprensión más elevada, siendo su propósito la reflexión y no la búsqueda de respuestas, no tendría por qué responder a un programa preestablecido sino acompañar las diversas indagaciones y descubrimientos humanos para problematizar el mundo y aportar a una comprensión más elevada (Pineda, 2017). La filosofía debe ser una herramienta que permita alcanzar un grado de autoconciencia tal que sea posible enfrentar los problemas vitales de una manera más adecuada, más “inteligente”.

En la actualidad, la formación filosófica no se limita a ser una asignatura del currículo, una “verdad absoluta”, sino que necesita ser pensada en todos los saberes y áreas, es decir, la filosofía es la base de toda educación. Hoy es preciso pensar una educación filosófica en la escuela desde otros escenarios. La noción de educación filosófica abarca un espacio más grande que el de la enseñanza de la filosofía como disciplina, dentro de un proyecto más amplio de educación filosófica, la enseñanza de la filosofía como disciplina es un elemento central y definitivo, pero no único (Pineda, 2017).

Al mismo tiempo, la formación filosófica no solo significa un determinado número de horas, tampoco una enseñanza de la filosofía en todas las áreas del currículo; una pedagogía de la

filosofía es mucho más amplia y no está limitada a reflexionar sobre la enseñanza de la filosofía, es una reflexión sobre el sentido de toda educación.

La educación filosófica no es la enseñanza de la filosofía como área, aunque haga parte de ella. El concepto es mucho más amplio. Es necesario establecer una relación cercana entre la filosofía y la educación, dado que las dos mantienen una actitud de búsqueda de respuestas a diversos interrogantes: les es común asombrarse, investigar y desear el conocimiento, son cómplices de la misma intención (la actitud filosófica) (Mariño, 2012), de manera que ya no es posible que, ni la filosofía ni la escuela, enseñen o trasmitan verdades reveladas.

Por ello, la educación necesita estar atravesada por la creación, la sensibilidad y la crítica, siendo una experiencia y una posibilidad que no tiene nada que ver con la repetición y los esquemas preestablecidos. Este propósito de la educación se potencializa cuando la filosofía está presente en todo el proceso, ya que los estudiantes son capaces de observar diversas formas de pensamiento que les permite sostener un diálogo para escuchar, ser tolerantes con los demás, reconocer su entorno, construir encuentros ricos en creatividad y sensibilidad, de esta manera poder examinar los argumentos de los demás y los propios para encontrar nuevos saberes, por consiguiente, al lograr esta actitud se adquiere “la mayoría de edad”, “pensar por sí mismo” y “el gobierno de sí” (Mariño, 2012).

El propósito de toda educación, y de la filosofía, es construir espacios de formación para que los sujetos construyan sus propias verdades y criterios para examinar el mundo y pensar por sí mismos. Es necesario que en los procesos educativos exista un acercamiento con el ejercicio del pensar para adquirir una actitud filosófica que permita entender el mundo. Para que la educación se convierta en una experiencia y en la posibilidad de obtener conocimiento, debe utilizar la filosofía como eje fundamental que les permita a todos los sujetos reconocerse como seres críticos, creativos y sensibles para entender el mundo que los rodea (Mariño, 2012). Una propuesta educativa necesita tener como herramienta la filosofía,

pues por medio de ella se propicia el desarrollo del pensamiento para constituir una sociedad ética, política, libre y solidaria, que permite acercar a niños y jóvenes al mundo de la filosofía; que propicia el desarrollo del pensamiento, la conceptualización y las actitudes responsables desde el punto de vista ético y político, desde la formación de las nuevas generaciones, a la construcción de una sociedad más libre y solidaria (Saavedra, 2011).

La educación filosófica puede promover una sociedad mejor, más justa y razonable, con sujetos creativos, críticos y sensibles que promuevan acciones y pensamientos solidarios, de esta forma la educación filosófica puede ayudarnos a darles eso que necesitan (Hoyos, 2010).

En síntesis, se puede decir que la educación filosófica propicia una formación ciudadana y democrática, en palabras de Hoyos (2010).

El cultivo o la enseñanza apropiados de la filosofía, por la naturaleza misma de la disciplina, implican ya una manera de razonar y de actuar que, podríamos decir, promueve tanto el crecimiento personal e interpersonal como la formación de valores democráticos para la convivencia ciudadana (p. 162).

La filosofía debe partir de reconocer que, por existir diversos puntos de vista, su misión no es establecer verdades sino, por el contrario, ofrecer prácticas orientadoras de su crítica.

Por consiguiente, podemos decir que, con sus nuevas prácticas y la manera de concebirse en la educación como una formación para la democracia, la filosofía exige que el ejercicio del filosofar fomente el desarrollo en algunas competencias básicas. “La enseñanza de la filosofía en la educación media debe promover el desarrollo de las competencias asociadas al pensamiento crítico, a la comunicación y a la creatividad” (Gómez, 2013, p. 94), de modo que no se trata de una transmisión de contenidos sino de saberes que atraviesan el pensamiento, las actitudes o posturas filosóficas, comunicacionales, etc.

Por medio de la filosofía, del acto del filosofar, se desarrollan habilidades de pensamiento, maneras para pensar “mejor”. En cambio, la enseñanza de la filosofía implica utilizar algunas características centrales del pensamiento filosófico para ayudar a los niños a desarrollar de mejor manera sus habilidades de pensamiento (Hoyos, 2010). La enseñanza de la filosofía permite el desarrollo del pensar, de la lectura, la escritura y la pregunta. La filosofía puede establecer una relación en la cual se favorezca el proceso educativo y se construya un conocimiento que le permita al individuo comprenderse a sí mismo y su entorno (Rodríguez, 2009).

Es así como la formación filosófica es un proyecto que va más allá de lo educativo, es un proyecto cultural y político pues su objetivo es potenciar el enseñar a pensar; la educación filosófica propende por la formación para la convivencia, la ética y la democracia (Pulido, 2012). Este tipo de formación está mediada por el preguntar, por el reflexionar y por la autonomía.

*Estrategias y herramientas para una educación filosófica.* La educación filosófica aborda problemas sobre por qué enseñar filosofía en la escuela y cómo concebirla como un proyecto educativo, lo que conduce a pensar en los métodos y prácticas para la enseñanza de la filosofía, es decir, es un saber que reflexiona sobre sí mismo. Una de las herramientas que se utiliza para que la filosofía sea transversal y se encuentre presente en todas las disciplinas es: (1) partir de los intereses de los estudiantes, (2) formulación de preguntas y (3) el diálogo en comunidad.

En primer lugar, para que la filosofía esté presente en todas las áreas del conocimiento, necesita que sea concebida como un ejercicio del pensar, que permita a los sujetos tener un interés genuino por descubrir nuevos saberes para darle sentido a su existencia. Es por eso que un elemento central en la enseñanza es partir del interés de los estudiantes; cada elemento o situación que provoque fascinación puede ser detonante para el acto del filosofar, donde todos puedan participar haciendo preguntas, solicitando argumentos, pidiendo explicaciones, precisando apuntes interesantes de algunas intervenciones (Saavedra, 2011), así la filosofía en el aula no es una

imposición del maestro sino que aparece de manera espontánea, reconociendo que el estudiante aporta saberes y construye junto con otros.

En cuanto a la formulación de preguntas, éstas se hacen bajo los intereses del estudiante, que realiza cuestionamientos y establece dudas que deben ser tomados en cuenta para ser abordados en el aula y se adquiera el hábito del preguntar. Su importancia en la enseñanza de la filosofía depende de que el docente tome en serio las preguntas de los estudiantes, trabaje en el aula de clase (Saavedra, 2011) para hacer de ésta no una repetición de conceptos, sino un laboratorio de investigación, no con la pretensión de encontrar respuestas o de establecer verdades, sino de crear más cuestionamientos para que el saber sea más cercano con la vida cotidiana.

Por medio de la pregunta se realiza un trabajo colaborativo que potencializa la construcción de argumentos y de saberes. Es así como el estudiante se interroga a sí mismo; es un ejercicio cooperativo y colaborativo que contribuye a mejorar la formulación de preguntas y la organización de los argumentos (Saavedra, 2011), así la educación filosófica cobra un papel importante, ya que todo saber estaría atravesado por el asombro, la curiosidad, las dudas y la reflexión.

A partir del asombro y la investigación se puede propiciar en cualquier asignatura una relación más cercana y amena con el saber para poder cuestionar el mundo. Los intereses del estudiante y la pregunta se convierten, para el maestro, en el centro de toda educación.

El maestro puede contribuir a una educación que transforme a los demás y a sí mismo, es el gestor de mantener encendido el deseo por el saber, de emprender una búsqueda a partir del asombro y la investigación, de encontrar otros rumbos (Mariño, 2012).

De esta forma la filosofía, por medio de la pregunta, se encuentra presente en todos los saberes y disciplinas, se convierte en un

dispositivo para que el aprendizaje sea significativo, para que el estudiante cuestione su mundo.

Una vez se logre conectar en la educación el interés del estudiante y la pregunta, pueden generarse en la escuela diálogos consigo mismo, con otros, con los saberes y acontecimientos, logrando el debate y la discusión como estrategia para impulsar el pensar por sí mismo, lo que a su vez permitirá a la comunidad resolver problemáticas de su entorno. Los conceptos como indagación, comunidad, diálogo y autonomía se constituyen en esta propuesta educativa en pilares de la formación de un proyecto enfocado en el desarrollo de un pensar crítico y reflexivo (Rojas, 2009), que cumpla con la función socrática de una educación filosófica, una educación del pensar por sí mismo.

*Transversalidad: entre saberes y filosofía.* Visto ya que para no convertir la educación en un acto de repetición o memorístico es necesario propiciar ejercicios donde los individuos piensen por sí mismos, en todas las áreas del conocimiento es primordial que la filosofía se encuentre presente, como un componente vital en el proceso educativo de cualquier sujeto, y así la educación deviene en un acto para pensar la cultura. La filosofía, como principal herramienta, logra procesos educativos que permitan pensar culturalmente. Las áreas del saber se deben enseñar con filosofía, incluso la filosofía misma en términos del ejercicio del pensar y de su cercanía con la sabiduría (Pulido, 2012) es el eje fundamental de toda educación pues permite procesos de pensamiento y una relación más cercana con el conocimiento.

La educación no puede ser un sistema que legitima verdades, al contrario, es necesario que en la escuela se enseñe a discutir y pensar reflexivamente, sin importar cuál sea la disciplina que se oriente. No es pertinente que la escuela y los maestros enseñen dogmas, deben propiciar la posibilidad de que los saberes sean discutidos, reflexionados, contextualizados y reorganizados. Saavedra (2011) y Pulido (2012) coinciden en que: la educación ha de asumirse desde el acto del filosofar, no se determina bajo una estructura fija, sino desde una educación filosófica. Que en todas las áreas y disciplinas se generen hábitos y actitudes para una educación del pensamiento

que propicie cuestionamientos, preguntas, argumentos y análisis de lo que se dice y piensa.

Cualquier aprendizaje está atravesado por la filosofía dado que, al aprender a pensar, nos hacemos preguntas, reflexionamos, relacionamos, inferimos, comparamos, conceptualizamos, etc., y es instrumento indispensable si la intención del aprendizaje es enseñar a pensar y se orienta en una educación para la autonomía. El profesor que quiera motivar y estimular a sus alumnos a pensar autónomamente debe estar en capacidad de vincular los problemas filosóficos con las experiencias vitales de ellos (Vargas, Meléndez, & Herrera, 2017) .

La enseñanza de la filosofía en la actualidad se encuentra integrada con otros saberes; la filosofía no es solo una disciplina sino también un modo de aprender a pensar, una forma de vida. La enseñanza de la filosofía está integrada por otros saberes y para que la educación sea interdisciplinar es necesario que dialogue con la filosofía (Pineda, 2017), se enseñe por medio de un cierto estilo de aprender y enseñar cualquier conocimiento.

### **Momento dos: la filosofía como ruptura**

La educación tecnificada hace evidente en los planes de estudio una preocupación por hacer de los sujetos y los saberes una mercancía. La filosofía y el filosofar resaltan como una oposición a este tipo de pensamiento, como un acto subversivo frente a los ideales del capitalismo, pues se constituyen en una herramienta que propicia pensamientos críticos y éticos.

*La educación como mercancía.* La educación, permeada por una visión mercantil, es vista ahora como una empresa en la que se deben reducir costos para mantener la superproducción sin importar el proceso, sino el producto final. Los métodos mercantiles han convertido los procesos de enseñanza y aprendizaje en una especie de máquina ahorradora de tiempo y de esfuerzo que hace menos laborioso y costoso el proceso (Pulido, 2012), de modo que, a menor costo y menor tiempo, más enseñanza, más estudiantes y más conocimiento.

Y las ideas de la empresa no solo afectan al aprendizaje y los saberes sino a la escuela, que orienta los planes de estudio a que los sujetos respondan a las necesidades del mercado y la producción. Así, la pretensión es conseguir en los estudiantes competencias para salir a desarrollarse de forma eficiente, preparados para el trabajo y la producción en las diversas demandas del mercado y la economía (Mariño, 2012). La educación no estaba orientada al avance y la transformación, sino, por el contrario, a determinar, definir y fijar jerarquías y privilegios, era una manera de preservación; en ese sentido, la filosofía contribuía a mantener el statu quo y no a desarrollar un ejercicio crítico sobre nuestras acciones (Pineda, 2017).

*La ética, una construcción de sí.* La filosofía, al convertirse en un acto reflexivo, puede fortalecer en los sujetos prácticas ciudadanas, políticas y democráticas, como es el caso de la educación moral que debe basarse en desarrollar entre sus interlocutores reflexiones éticas que permitan discusiones rigurosas, abiertas y plurales. Ya no se pueden preservar las jerarquías de la escuela, es necesario confiar en los poderes cognitivos de los niños, en su capacidad para desarrollar una reflexión ética a la vez abierta, rigurosa y pluridimensional (Pineda, 2009) que pueda hacer de la educación un ejercicio de construcción y búsqueda.

A partir de reconocer al niño como un interlocutor válido, es necesario ser coherente en señalar que esta afirmación trae consigo dos efectos: primero, la ética no puede enseñarse como una lista de normas, leyes o reglas y segundo: se rompe con una jerarquía en la escuela.

La ética no se enseña desde la memorización de reglas, sino que se orienta desde la experiencia de cada estudiante, pues el niño es un sujeto de reflexión y encuentra condiciones de examinar sus acciones a la luz de los criterios señalados; la educación ética no debe reducirse a la simple asimilación de reglas y principios que muchas veces resultan completamente ajenos a su experiencia (Mariño, 2009). Al romperse las jerarquías se genera un diálogo entre iguales que, por medio del trabajo colaborativo, permite

educar seres más democráticos, políticos y solidarios (Mariño, 2012).

Es pertinente distinguir que la ética no puede ser enseñada como otras disciplinas. Por tratarse de una comprensión de la realidad y las maneras como vivimos, es oportuno que sea un proceso de reflexión sobre nuestros propias actitudes, criterios y valores. A diferencia de la ética, lo esencial en las ciencias es el conocimiento de ciertas verdades que la humanidad, en su desarrollo, ha ido consolidando en su intento por comprender el mundo de forma más racional. La comprensión ética, en cambio, tiene que ver, no tanto con el aprendizaje de reglas y principios abstractos, como con el proceso de reflexión sobre nuestras propias acciones a la luz de ciertos criterios, a partir de particularidades y de los contextos para entender por qué valoramos unos actos como mejores que otros y cuáles son las razones fundamentales de ciertas valoraciones (Pineda, 2009).

Existe una relación estrecha entre una educación moral y los ejercicios filosóficos que incentivan el cuestionamiento, ya que en las decisiones morales se debe tomar partido, es necesario utilizar el razonamiento, la auténtica educación moral emerge por medio del examen detenido de los múltiples interrogantes filosóficos que nos suscitan cada una de las situaciones morales en que nos vemos envueltos y las decisiones que a cada instante de nuestra vida nos vemos obligados a tomar (Pineda, 2009). El ejercicio filosófico en el proceso de cada individuo debe crear hábitos para pensar el mundo desde las particularidades y el contexto de manera subjetiva, para finalmente llegar a lo universal.

El estudiante que se encuentre bajo un estilo de educación filosófica es capaz de comprender la moralidad de sus actos, la vida en la que se encuentra sumergido, las reglas de una sociedad, etc., y en este sentido es capaz de entender todos los saberes porque son significativos y útiles. Lo que se espera de una persona moralmente educada no es que cumpla con todas sus obligaciones, que respete todas las reglas, sino que haga el esfuerzo por comprender el significado de las reglas que hacen posible la convivencia, defina por sí misma aquellas cosas que considera valiosas, intente

clarificarse por sí mismo y, en circunstancias concretas, que sus prácticas morales tengan un carácter auto - reflexivo (Pineda, 2009). La enseñanza de la ética no es la repetición de normas, sino la comprensión y el significado de las reglas, los deberes y las responsabilidades.

*Pensamiento crítico y el gobierno de sí.* El pensamiento crítico y el ético se encuentran estrechamente relacionados ya que el primero es el camino y el proceso por el cual un estudiante revisa y examina posturas, argumentos, reglas y principios morales. La crítica es un instrumento para conseguir un discernimiento de lo falso y lo verdadero, como uso privado para la revolución de nuestra conciencia desde lo subjetivo, pero también como uso público para cuestionar esas verdades perpetuas relativas a la religión, el Estado, las ciencias y las artes, para hacer, finalmente, un diagnóstico de la actualidad (Mariño, 2012).

Es decir, la enseñanza de la filosofía y la educación filosófica son las herramientas mediante las cuales los sujetos piensan los saberes, los sistemas y las instituciones. Para que un sujeto construya un pensamiento ético debe pasar por examen los postulados y luego hacer una reflexión que le permita adquirir una postura y tomar decisiones. Es así como el pensamiento crítico y el ético se complementan y se relacionan. De esta manera la filosofía crea rupturas con el sistema, capitalista o no, y emerge la oportunidad de que los sujetos en la escuela piensen por sí mismos. “Podemos decir que filosofar consiste en ejercitar la razón en su pretensión más elevada, la de una completa autonomía regulativa” (Díaz, 2004, p. 6); “la voluntad será la vuelta sobre sí del ser que razona, que se reconoce con capacidad para pensar y actuar” (Cerletti, 2002, p. 305).

El fin en sí mismo de la educación es la construcción de conceptos propios que le den identidad a los sujetos, es decir, que el estudiante se vea a sí mismo como un ser capaz de pensar autónomamente, cuestionar su proceso educativo y enriquecer su aprendizaje a partir de la experiencia; los individuos llegan a repensar las situaciones de vida y a construir de manera cooperativa e individual ideas y pensamientos (Rojas, 2009).

La educación debe ir encaminada a despertar en el estudiante un espíritu de búsqueda, confrontación de ideas y toma de decisiones sobre su propio actuar, es por ello que la enseñanza de la filosofía es necesaria y vital pues incentiva el ejercicio y el fomento del pensamiento crítico. Como propone Díaz(2004) la filosofía es la capacidad de someterse a las exigencias de un pensar autónomo, es decir, de dar razón de sí mismo por medio del examen y el gobierno de sus propios pensamientos y actos. Es la posibilidad de enseñar a pensar, pensar por sí mismo y dejar la pasividad del pensamiento (Pulido, 2012).

Una educación pensada de esta manera estaría articulada dentro del filosofar, el estudiante se conduce bajo una guía del maestro que “fomenta” la argumentación y reflexión de problemáticas de su vivir. “Un verdadero profesor de filosofía es quien ha sido capaz de dudar de sus más preciadas convicciones, y está siempre dispuesto a hacerlo” (Díaz, 2004, p. 10).

El maestro se encuentra en constante aprendizaje, en la búsqueda de nuevas formas de llegar a sus estudiantes; dicho maestro en primera medida debe evaluarse a sí mismo, cuestionar sus propias convicciones, exponer a sus estudiantes a la duda metódica por medio de la pregunta, en un ejercicio honrado de su capacidad de reflexionar y criticar sus convicciones, de realizar un ejercicio profundo seriamente sustentado. Solo así estará en condiciones de enseñar a filosofar (Díaz, 2004). En síntesis, el maestro debe poseer el pensamiento crítico para poder propiciar en los estudiantes este pensamiento. Solo este maestro conseguirá guiarlos, llevándolos a reconstruir e identificar conceptos propios y al ejercicio del pensar por sí mismo.

En palabras de Pineda (2009): “Un buen maestro [...] debería, más bien, ayudarnos a identificar y a examinar mejor nuestras propias opciones morales [...] nuestros argumentos y nuestros usos del lenguaje” (pp. 6-7); no es tanto el que nos enseña algo, sino el que nos sirve como una instancia de corrección de nuestro propio aprendizaje, nuestras propias convicciones, pues lo único que el maestro puede hacer es enseñar a filosofar, es decir, darle al estudiante los instrumentos necesarios para que él recorra su propio

camino, para que él alcance sus propias convicciones y para que sepa dar razón de ellas. Solo así estará en condiciones de apreciar las convicciones ajenas cuando vea en ellas, no la afirmación de un capricho ciego, sino el resultado de un camino diferente, de una posibilidad nueva (Díaz, 2004).

Para el desarrollo del pensamiento crítico el maestro puede utilizar la pregunta como un instrumento para revisar los argumentos, el lenguaje, las posturas, entre otras. La pregunta inicia la construcción de estrategias que, basadas en una rigurosa reflexión filosófica, aporta a la formación de personas críticas en nuestra sociedad (Rojas, 2009). Lograr personas razonables que piensen por sí mismas implica acciones que deben estar siempre dirigidas a valorar las inquietudes y preguntas de los estudiantes en función de generar cuestionamientos y reflexiones que construyan nuevas y mejores preguntas (Saavedra, 2011). La educación filosófica se orienta a desarrollar el pensamiento crítico en los estudiantes por medio de un espacio de discusión y debate.

En la educación filosófica se cultiva por medio de métodos, preguntas, discusiones y situaciones que permitan una investigación en el aula y logre que los estudiantes piensen por sí mismos a partir de la reflexión sobre su propio pensamiento, sobre cómo se piensa y sobre los razonamientos que se utilizan para deducir conclusiones o presentar soluciones a problemáticas en discusión (Saavedra, 2011), de tal forma que el estudiante piense por sí, para sí y para los otros.

La educación no puede estar desprendida de la crítica, ya que ésta propicia en los sujetos un gobierno de sí, una constante pregunta por los aspectos privados como públicos, pues sin la crítica la filosofía y la educación no se orientan a comprender los aspectos morales y éticos.

La crítica es ejercer el poder, el gobierno de sí, para mantener el interrogante constantemente frente a preguntas como ¿de qué manera ser gobernados?, ¿por qué ser gobernados de esta manera?, ¿cómo gobernarnos a nosotros mismos?; es tener el coraje de examinar la autoridad, examinarnos a

nosotros mismos, gobernar nuestro propio destino como mayores de edad: es una actitud y un modo de relacionarse consigo mismo y con los demás (Mariño, 2012, p. 195).

En síntesis, la crítica es un instrumento para conseguir un discernimiento de lo falso y lo verdadero, no solo como el uso privado para la revolución de la conciencia, sino también como uso público para cuestionar esas verdades relativas en cuanto a la religión, el Estado, las ciencias y las artes, y para hacer, finalmente, un diagnóstico de la actualidad.

### **Momento tres: saber, vitalidad y experiencia**

Los saberes cobran sentido por medio de la filosofía ya que la educación se convierte en una experiencia que trasforma a los sujetos y los invita a realizar búsquedas para responder a su presente.

*Relación con el saber.* La educación filosófica crea un estilo y una relación con el saber, ya no como un hecho repetitivo sino reflexivo y crítico, en donde el estudiante, además de comprender los conceptos, los relaciona con acontecimientos de su vida cotidiana. En este sentido, el saber pretende ser una experiencia viva donde el individuo piense por sí mismo y sea capaz de analizar, reflexionar y criticar su entorno.

Las referencias históricas, el análisis de los textos y la relación con la vida cotidiana del estudiante deben ser orientados al desarrollo de habilidades y destrezas de pensamiento que les permita comprender su relación con el mundo, con los demás y consigo mismos (Saavedra, 2011, p. 186).

De esta forma la enseñanza del saber puede contribuir a desarrollar una capacidad de análisis.

La lectura de textos, recitar de memoria frases, fechas históricas y la doctrina de un autor sin poner como punto de partida la pregunta

no es conveniente en una disertación y educación filosóficas. Se debe entonces distinguir una competencia (que implica un “saber vivo”) de un saber descontextualizado, inerte, aislado de las tareas y las situaciones (Gómez, 2013). Es así como las preguntas, además de estimular reflexiones individuales y sociales, son un instrumento para la educación, no como una realización de tareas para complacer al profesor o como un paso a otras materias para obtener un título, sino para pensar sobre sus intereses (Mariño, 2012). Se construyen nuevos conceptos e ideas de tal manera que los saberes se vean desde un punto de vista transversal y en diferentes campos de reflexión, unidos por el hilo conductor del asombro, de la pregunta y de la incertidumbre.

La educación filosófica puede ser, entonces, una estrategia para conducir a los estudiantes a una construcción de sí mismos y de la sociedad. La educación tiene como objetivo que el estudiante comprenda su mundo y asuma su realidad fortaleciendo en el aula el gusto por el conocimiento, pues la lógica y la ciencia nacen del ambiente democrático y de la posibilidad de la argumentación (Pulido, 2012; Mariño, 2012). Es así que los individuos pueden poner a examen los saberes pasando por la pregunta y la investigación.

La pregunta propone diferentes perspectivas, de tal forma que el proceso educativo pase a ser una oportunidad para generar un pensamiento libre, crítico y analítico; cuando en el aula existe la pregunta se abre una puerta que nos indica que no todo está dicho, que no existen verdades absolutas. Existe sí la posibilidad de revisar nuestros conocimientos, reflexionar sobre el mundo, sobre nuestras experiencias, desde lo sensible y lo vital. Por medio del diálogo se realiza el ejercicio del filosofar (Mariño, 2012, p. 204). El saber, desde el punto de vista filosófico, no se puede pensar como un método, pues la educación filosófica pretende ser un ejercicio a partir del cual se crea una cultura del pensar.

La filosofía debe tener un lugar privilegiado en la educación para que el saber sea una experiencia que viva el propio estudiante, y puesto que nadie puede pensar y vivir por otro, se requiere que cada uno descubra su propia potencialidad (Mariño, 2012). El saber no solo es una preocupación por el aprender sino por el pensar,

por la búsqueda de oportunidades de creación, análisis, reflexión y crítica.

Dado que la enseñanza de la filosofía no tiene un método predeterminado, se ocupa de construir una relación donde estudiantes y profesores se sientan cómodos y realicen búsquedas conjuntas, de modo que seaposible crear una actitud investigativa de carácter crítico. Al evitar imposiciones autoritarias, la enseñanza de la filosofía consigue que los estudiantes se apropien autónomamente del conocimiento (Rojas, 2009), de tal forma que perduren el asombro y el afán exploratorio tanto del estudiante como del maestro, copartícipes de un mismo aprender: el escudriñar la vida y los conocimientos que los rodean.

Gracias a esta relación con el saber la educación deja de ser un acto dogmático y autoritario. El maestro es un acompañante que hace circular los conocimientos, de manera que todos son partícipes del proceso; el docente no le enseña al estudiante, sino que aprende con él, aprende junto a él (Mariño, 2012). Fortaleciendo en el aula una actitud investigativa y el gusto por el conocimiento, el docente promueve la construcción de saberes en conjunto, lo que posibilita el evaluar y analizar los argumentos que justifican la intervención, hacer preguntas y buscar alternativas de análisis y solución a las problemáticas en discusión (Saavedra, 2011). Es decir, de esta manera el saber transforma la relación con el mundo, con lo cotidiano, con el otro y con el maestro.

*Problemas filosóficos y lo vital.* Los problemas filosóficos son parte de cualquier disciplina, pues todos los saberes necesitan partir de la pregunta, el cuestionamiento, la reflexión, la crítica y la argumentación para que sean significativos.

La filosofía podría integrarse en las materias existentes, pues es protagonista en todas las áreas:

- [...] ¿la biología no desemboca en los problemas éticos?
- ¿Las matemáticas no son ellas mismas una escuela de pensamiento racional y de preguntar sobre la verdad?
- ¿Los profesores de francés acaso no hacen leer a sus

alumnos autores como Pascal, Diderot, Rousseau, Sartre, etc? ¿La historia acaso no es una permanente invitación a la descentración individual y colectiva del alumno para comprender el pasado en el presente? ¿Es exacto afirmar que la filosofía emplea las competencias que se ejercen previamente en otras materias escolares? ¿Cómo? (Gómez, 2013, p. 102)

Cabe destacar que, en este sentido, la pregunta, el saber, el pensamiento crítico, tienen que ver con la formación del problema filosófico pues, sin la reflexión, la crítica y el conocimiento, no existiría la solidez para construir saber mediante los problemas filosóficos en el ámbito educativo.

Los problemas filosóficos hacen parte de todos los saberes y disciplinas. La indagación y la filosofía hacen parte de un proyecto más amplio de pedagogía filosófica en el cual se buscan nuevos caminos de acceso a la reflexión filosófica (Pineda, 2009) en todas las áreas del conocimiento, como un proyecto que renueve los saberes.

Una de las herramientas para acceder a los problemas filosóficos es la literatura; por medio de los textos el lector encuentra preguntas, reflexiones, conceptos y diversas posturas para desarrollar el pensar por sí mismo. Los textos literarios contienen una indagación, suscitan la posibilidad de plantear problemas filosóficos en un lenguaje que resulta más apropiado, incluso, que el que nos ofrecen los tradicionales recursos de la prosa filosófica (Pineda, 2009), es decir, dejando de lado los textos de los filósofos tradicionales para proceder a abordar los problemas filosóficos de otras maneras y con otros recursos educativos. La educación filosófica aborda muchos campos y disciplinas, al tiempo que echa mano de diversos materiales que hacen mucho más factible para el estudiante acceder a los problemas filosóficos. Los problemas que se presentan en la literatura se someten a investigación lo cual van conduciendo poco a poco al lector hacia interrogantes semejantes a los que abordan quienes se ocupan de la filosofía (Pineda, 2009).

La literatura es un espacio para la introspección, la contemplación estética, la verificación de hipótesis, la deliberación moral, el examen de conceptos abstractos, el trabajo de conectar mentalmente los hechos que ha ido recogiendo y las ideas que permiten articularlos; y hasta la meditación sobre los grandes enigmas del hombre y su existencia en este mundo. Es una fuente inagotable de problemas filosóficos de diverso orden: lógicos, epistemológicos, éticos, estéticos y hasta metafísicos (Pineda, 2009). Los problemas filosóficos en la educación se convierten en una investigación sobre intereses propios, la educación puede invitar a los estudiantes a pensar cuestiones que acechan su sociedad, ya sea de forma ética, política, cultural o social.

*La investigación y la pregunta, una experiencia.* El aula se convierte en una experiencia, es un espacio propicio para el diálogo y la discusión filosófica, donde estudiantes y docentes pueden realizar un trabajo colaborativo que beneficie la comprensión de los problemas, que influye en la manera como se asumen y resuelven los asuntos que se presentan en la vida cotidiana (Saavedra, 2011). En el aula la educación filosófica también se convierte en una experiencia, ya que es un compartir con el otro, es un conocimiento vivo que hace de ese espacio una experiencia transformadora que posibilita herramientas para resolver los problemas del diario vivir.

En este tipo de educación, en el aula se viven el asombro, la búsqueda, el ejercicio de filosofar, la construcción de conocimientos y saberes propios (Mariño, 2012). Lo que hace que el conocimiento no sea una receta que se transmite, sino un asunto de la misma existencia que se conecta con la escuela donde se encuentran parámetros para vivir en el mundo y relacionarnos con lo que nos rodea. Entonces la filosofía permite tener una actitud (Mariño, 2012), una actitud que finalmente trasciende en la manera de vivir, en las formas como los sujetos piensan el mundo.

Cuando el conocimiento y la escuela se constituyen como experiencia, la enseñanza de la filosofía puede ser útil en el proyecto de transformación de la sociedad en la medida en que logra trascender el aula de clase; el trabajo no consiste en suscitar una discusión afanosa y desinteresada que poco o nada incide en

el progreso del pensamiento y la comunicación, sino en buscar que los estudiantes se preocupen por sí mismos, por la forma como razonan y resuelven los problemas que su cotidianidad les presenta (Saavedra, 2011). Es así que el aula se convierte en un sitio de investigación sobre las cuestiones e inquietudes de los estudiantes. Se convierte en un acontecimiento que cambia el sentido de la existencia.

La educación, si está atravesada por el acto del filosofar, se convierte en una experiencia que les permite a los estudiantes expresar sus puntos de vista, contar historias, hacer preguntas, comentar inquietudes, manifestar emociones, conversar y dialogar sobre lo que les genera inquietud e incertidumbre (Saavedra, 2011). El participar con otros vuelve a la educación una herramienta para entender y resolver los problemas de la vida cotidiana.

El acto del filosofar en el ámbito educativo es la vivencia para desarrollar las inquietudes de los estudiantes, que se resuelven en la experiencia sensible en el aula, y cuando esto efectivamente pasa, está abierto el camino para el pensamiento propio, instigado por la experiencia del problema (Gallo, 2012), es el camino para pensar por sí mismo de manera ética y reflexiva.

La educación filosófica es una invitación a hacer del aula una experiencia, no solo porque las preguntas sean del interés del estudiante, sino porque éste participa de manera activa al ser tenidos en cuenta sus argumentos, posturas y decisiones, lo que les permite trastocarse con lo vivido en el aula y reflexionar para adquirir una actitud y un modo de ser en su mundo cotidiano. Es aquí donde aparece la pregunta acerca de si la escuela tiene la posibilidad de transformarse y generar este tipo de condiciones, de ruptura de concepciones y, así, posibilitar desarrollos autónomos, diferenciados y potencializadores (Pulido, 2012).

*La filosofía una forma de vida.* Al pasar de la repetición de contenidos a centrar el aprendizaje en un sentido vivencial, cuando lleva al estudiante a “utilizar” sus capacidades y actitudes para resolver e interpretar su contexto, la educación, junto a la filosofía, le otorga otro sentido al saber y al conocimiento. La filosofía es una forma

de vida que tiene que ver con el desarrollo de las capacidades que el estudiante adquiere para resolver problemas. En cuanto aprendemos a tratar los textos filosóficos como guías para la interpretación de nuestra existencia estamos en capacidad de hacer de la filosofía un modo de vida, más que una ocupación profesional (Pineda, 2007). Es decir, la filosofía sale de las aulas de clase para servir en los ámbitos cotidianos, dentro y fuera de la escuela.

El sentimiento y la acción tienen su propio lugar, claro está, pero no deben consistir simplemente en hábitos; lo que debe ser habitual es el empleo de la inteligencia, de suerte que el sentimiento y la acción resulten habituales únicamente en la medida en que son una condición para vivir inteligentemente (Ochoa, 1994, p. 142).

La educación es el proceso mediante el cual el ser humano adquiere las competencias necesarias para llevar una vida consciente y responsable en el seno de una sociedad dada, y la filosofía desarrolla competencias que permiten movilizarse en el mundo, jugar un papel primordial en la adquisición de esas competencias, porque la primera condición para adquirirlas no puede ser otra que el ejercicio de una reflexión seria y cuidadosa, capaz de dar razón, de pensar por sí mismo los problemas que lo afectan, el preguntarse y examinarse, por lo que la filosofía, en el ámbito educativo, asume esa función Socrática, la de convertirse en el tábano que con su constante zumbido y sus picaduras impide que caigamos en el sueño apacible de la rutina indiferente (Díaz, 2004), que impide que los sujetos no examinen sus ideas y su actuar.

De esta manera, la educación filosófica se conecta con lo creativo, lo sensible y lo crítico, pues se edifican conceptos que implican nuevas y diversas posibilidades de ver el mundo, el universo, de preguntarse por él, analizarlo, y encontrar parámetros para relacionarse con la vida (Mariño, 2012). La educación desde el filosofar incentiva habilidades y competencias. Es decir, “Establecer los puentes entre los conocimientos y competencias ya adquiridos y la filosofía es una de las tareas a las que se debe enfrentar la enseñanza de la filosofía” (Cárdenas, 2005, p. 47).

La filosofía en el proceso educativo enseña las condiciones necesarias para el ejercicio de una verdadera tolerancia, pues se escucha, se dialoga y se discute con el otro respetando la diversidad. La práctica filosófica se entiende como una ruptura entre la teoría y la praxis, lo cual da cuenta de la forma en que la filosofía implica una serie de prácticas que conducen a la transformación de la vida misma (Páez & Urrego, 2017). La educación filosófica se puede ubicar en la escuela racionalista, en un sistema de pensamiento, pero también se articula con condiciones existenciales y sociales (Pulido, 2012 y Díaz, 2004). Es decir, la educación filosófica en los sujetos se convierte en el desarrollo de habilidades y competencias, pero, al mismo tiempo, es un modo de vida, una actitud que se refleja en la existencia, la convivencia y en la sociedad.

## **Reflexiones finales**

Las maneras de enseñar filosofía han sufrido una transición, el paso de un saber dogmático y memorístico a propiciar en los sujetos reflexiones para aprender a pensar, lo que implica que la relación entre educación y filosofía se consolide; la educación se sirve de la filosofía para propiciar en los sujetos nuevas maneras de pensar, haciendo de la educación filosófica un proyecto ético-político que, sin importar la disciplina y las áreas, se vale de la filosofía para propiciar ejercicios éticos, democráticos y razonables. Lo que fortalece el fin último de toda educación.

La educación filosófica propicia el pensar por sí mismo, acción que se instaura en el aula por medio de herramientas y prácticas como relacionar los saberes con los intereses de los estudiantes y no del maestro, partir del asombro y la curiosidad, la formulación de preguntas lo cual crea en el estudiante una actitud investigativa y filosófica, y el diálogo en comunidad para construir saber y hacer del aula una práctica de revisión de argumentos, posturas éticas, democráticas y de convivencia.

La educación y la escuela en ocasiones se encuentran invadidas por la preocupación de responder al capitalismo y la producción, sin embargo, la enseñanza de la filosofía y la educación filosófica se

convierten en herramientas para fracturar ese tipo de pretensiones, para encaminar la educación hacia la construcción de sujetos éticos y críticos, capaces de pensar sus actos y posturas por medio de la filosofía, lo que propicia el gobierno de sí.

La filosofía, en medio de la educación, posibilita en los sujetos experiencias para hacer de los conocimientos y saberes una relación más cercana que convierten el aula en un lugar de encuentros que trastoca la vida de los sujetos y les da un cierto estilo de vida y existencia.

## Referencias

- Bustamante, G. (2012). Pedagogía de Kant: ¿una filosofía de la educación?. *Magis*, 5 (10), 155-171.
- Cárdenas, L. (2005). Notas sobre la enseñanza de la filosofía. *Folios*, 39-50.
- Cerletti, A. (2002). La política del maestro ignorante: la lección de Rancière. *Educación y Pedagogía*, 299-308.
- Díaz, J. A. (2004). Filosofía y educación. *Cuestiones de Filosofía*, (6), 3-12.
- Gallo, S. (2010). Filosofía, enseñanza y sociedad de control. *Cuestiones de Filosofía*, (12), 1-19.
- Gómez, M. A. (2013). ¿Es posible una competencia filosófica escolar?. *Cuestiones de Filosofía*, (15), 90-114.
- Hoyos, D. (2010). Filosofía para niños y lo significa una educación filosófica. *Discusiones Filosóficas*, (16), 149-167.
- Mariño, L. A. (2012). La educación filosófica como experiencia y posibilidad. *Praxis & Saber*, 3 (5), 187-207.
- Ochoa, F. (1994). John Dewey: Filosofía y exigencias de la educación. *Educación y Pedagogía*, 132-163.
- Páez, J., & Urrego, A. (2017). Filosofía como forma de vida y práctica filosófica en Colombia: una aproximación al estado del arte. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 168-191.

- Pineda, D. A. (2009). Propuesta de educación moral desde una perspectiva filosófica para la escuela primaria. *Cuestiones de Filosofía*, (11), 1-23.
- Pineda, D. A. (2007). Hacia una reflexión filosófica por medio de la investigación del crimen: una experiencia de pedagogía filosófica a partir de Sherlock Holmes. *Cuestiones de Filosofía*, (9), 109-142.
- Pineda, D. A. (2017). Desplazamiento, transformaciones y retos de una educación filosófica en una sociedad democrática: reflexiones en torno a un viejo cuaderno de filosofía. *Universitas Philosophica*, 9 (59), 13-51.
- Pulido, O. (2012). Estanislao Zuleta: educación con filosofía. *Cuestiones de Filosofía*, (14), 79-99.
- Rodríguez, A. (2009). ¿Cuál es el significado actual de la relación epistemología - filosofía?. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 9-25.
- Rojas, V. A. (2009). La práctica filosófica como una actividad socialmente comprometida: diálogo filosófico y desarrollo de la autonomía en un contexto de reeducación de menores infractores. *Cuestiones de Filosofía*, (11), 69-85.
- Saavedra, M. (2011). Del aula de clase tradicional a la comunidad de indagación. *Praxis & Saber*, 2 (4), 179-200.
- Vargas, G. (2004). «Filosofar»: entorno virtual para el aprendizaje en el filosofar. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 25 (91), 164-171.
- Vargas, G., Meléndez, R., & Herrera, W. (2017). Experiencia y problemas. Educación ciudadana y enseñanza de la filosofía. *Revista Pedagogía y Saberes*, 65-77.

